

LA MISIÓN LASALIANA SE VIVE EN COMUNIDAD: ACTORES Y AGENTES INVOLUCRADOS

Santiago Amurrio
Distrito Brasil-Chile

Resumen

El presente documento invita a la reflexión sobre la misión lasaliana y quiénes movilizan y dan vida a una institución que, con más de 300 años de historia, hoy mira al futuro preguntándose quiénes serán, mañana, los agentes involucrados en la misión. En el análisis que aquí se presenta, se enfatiza el rol que tienen los Hermanos y seglares en la tarea de continuar viviendo los ideales carismáticos como don del Espíritu a la Iglesia en San Juan Bautista de La Salle, considerando los desafíos y oportunidades de la realidad actual. La reflexión y discusión en torno a compartir el carisma lasaliano resulta relevante para la continuidad de la misión en un futuro cercano. En el contexto actual, la disminución en el número de Hermanos, el aumento constante de obras educativas y la incorporación de miles de hombres y mujeres a la misión dialogan con los cambios educativos que se requieren actualmente a nivel mundial para dar respuesta a los requerimientos de niños, niñas y jóvenes que se educan en instituciones lasalianas.

Palabras claves: misión, identidad, asociación, seglares, Hermanos

3.1 Una misión que evoluciona

Decía San Juan Bautista de La Salle en sus meditaciones para tiempo de retiro:

Uno de los deberes principales de los padres y de las madres es educar a sus hijos cristianamente y enseñarles la religión. Pero como la mayoría no están suficientemente ilustrados a este respecto, y como unos están ocupados en sus negocios temporales y en el cuidado de su familia, y otros viven en constante preocupación por ganar para sí mismos y para sus hijos lo necesario para la vida, no pueden dedicarse a enseñarles lo concerniente a los deberes del cristiano (De La Salle, 1730, 579).

Las profundas reflexiones entregadas por el maestro de La Salle, son la base de lo que hoy conocemos como la *misión lasaliana*, una misión que mueve a todos los Hermanos y sus obras, lo mismo que a aquellos que se hacen parte de la labor. San Juan Bautista de La Salle y los primeros Hermanos, dedicados a renovar la escuela para ponerla al alcance de los pobres y ofrecerla a todos como signo del Reino y medio de salvación, hicieron sus planteamientos hace más de tres siglos, y muchos siguen teniendo total vigencia.

Considerando las características de los tiempos que corren, se requiere no sólo reflexionar sobre la misión lasaliana hoy, sino también preguntarse quiénes son los agentes involucrados en esa misión y detenerse a analizar a distintos actores que, desde su respectivo rol, proyectan el quehacer educativo lasallista de acuerdo a la misión.

El presente ensayo se articula en torno a las figuras que movilizan y dinamizan la misión lasaliana, respondiendo a la pregunta sobre quiénes son y cómo se proyectan dichos actores

en el futuro próximo. En la primera sección se desarrolla una contextualización histórica, que entrega elementos que favorezcan la comprensión de la misión. En segundo lugar, se presenta un análisis sobre los actores que conforman las comunidades educativas, profundizando en el rol que cabe a los Hermanos que, en tanto fundadores y continuadores de la obra, son actores principales de la misión. Finalmente, se presenta una serie de desafíos vinculados a lo educativo y a la continuidad y proyección de los ideales carismáticos en el futuro próximo, esperando aportar elementos que permitan visualizar la misión en el siglo XXI.

3.2 Contextos históricos que sustentan la misión.

El origen de la misión lasaliana se remite a la modernidad, a una época en que los cambios en la mentalidad fueron significativos y nunca antes vistos. El humanismo había reivindicado un lugar a los hombres, aunque sin cuestionar a Dios, ni la tradición, ni el poder de la Iglesia. Esta ideología luego daría paso a la razón y a su importancia en la definición de la naturaleza humana. El humanismo abre nuevos caminos a la ciencia, la filosofía, los modos de pensar y concebir el mundo, cuestionando incluso las formas de organizar políticamente las sociedades, poniendo en tela de juicio las monarquías absolutistas de Europa Central. Sin embargo, a decir de diversos autores, ninguno de esos caminos alcanza al pueblo:

(...) que vive atrapado en la rutina inalterable de su tiempo sin historia; es cosa de las elites, de unos pocos elegidos en cada ciudad, en cada Estado, que discuten de ciencia y de filosofía en los salones de la alta sociedad; de los ministros que animan a los reyes a tomar bajo su protección a investigadores y filósofos, fundando sociedades científicas, academias y observatorios. (Iñigo, 2008, p.203-204)

En la misma línea se sitúa el análisis hecho por Eric Hobsbawm sobre las características de *la era de la revolución*, señalando que en un período donde primaba la convicción sobre el progreso del conocimiento humano, el racionalismo, la riqueza, la civilización y el dominio de la naturaleza,

(...) sus mayores paladines fueron las clases más progresistas económicamente, las más directamente implicadas en los tangibles adelantos de los tiempos: los círculos mercantiles y los grandes señores económicamente ilustrados, los financieros, los funcionarios con formación económica y social, la clase media educada, los fabricantes y los empresarios. (Hobsbawm, 2007, p.28)

Una época caracterizada por la expansión demográfica, por el aumento de la urbanización, el comercio y la manufactura y, con ello, por un gran desarrollo agrario. Una época en la que Europa extendía su poderío, socavándose el orden social en distintas partes del planeta: en África con el comercio de esclavos, en Oriente Próximo por conflictos comerciales y militares. Un mundo que –siguiendo a Hobsbawm– era, a la vez, mucho más pequeño y mucho más grande que el nuestro.

¿Cómo es el mundo de hoy en comparación al mundo en que se inició la obra lasaliana? Quizás una primera y evidente diferencia es que somos más, y sabemos que somos más. El mundo ya no es ese lugar donde los sitios desconocidos y despoblados eran un alto porcentaje de la superficie terrestre: 7 mil millones de habitantes nos distribuimos muy desigualmente a lo largo del globo, con una evidente concentración en zonas urbanas, muchas de ellas megalopolizadas, enormes ciudades que concentran gran parte de las problemáticas del mundo actual, y otras que constituyen nodos urbanos que interconectan toda clase de movimientos. Somos más, nos distribuimos de formas diferentes y enfrentamos problemas

que, en su naturaleza, pueden ser muy similares a los de hace 300 años, pero que, por la configuración de nuestras sociedades, tienen expresiones muy distintas.

Manuel Castells (1996), en sus investigaciones referidas a la sociedad de la información, identifica algunos acontecimientos que, hacia el final del segundo milenio de la era cristiana, han transformado el paisaje social de la vida humana. Algunos de esos acontecimientos son la revolución tecnológica a nivel de las comunicaciones; las nuevas relaciones entre economía, Estado y sociedad; una creciente diversificación en las relaciones laborales; el reacondicionamiento general del sistema capitalista; y las zonas de influencia mundiales. En efecto, señala el autor, observamos la liberación paralela de las formidables fuerzas productivas de la revolución informacional y la consolidación de los agujeros negros de miseria humana en la economía global, ya sea en Burkina Faso, South Bronx, Kamagasaki, Chiapas o La Courneuve (Castells, 1996, p.28).

A diferente escala y magnitud, las problemáticas de la naturaleza planteada para nuestra era tienen similitud con los cambios operados en el contexto de la modernidad. Ahora bien, temas como el narcotráfico y la amenaza de una guerra nuclear son fenómenos que ningún habitante del siglo XVII hubiese considerado; como tampoco la globalización de delitos electrónicos y diversos negocios ilícitos que operan a escala planetaria. Y si bien fue una época que vio significativos cambios en lo que a modos de producción y modos de vida se refiere, las sociedades modernas no experimentaron los efectos de un cambio climático de dimensión global como el que estamos viviendo hoy en día: la transformación en la composición de la atmósfera y la pérdida de la biodiversidad es tal, que algunos biólogos hablan de la sexta extinción masiva de la vida en la Tierra, situación cuya gravedad puede comprenderse mejor si se considera que la quinta fue la de los dinosaurios (Breville; Vidal, 2016, p.172).

La necesidad de alcanzar un desarrollo sustentable, que equilibre el progreso de los estados con el bienestar de sus habitantes y la preservación del medio ambiente, es tan relevante y transversal, que incluso es el eje central de *Laudato Si'*, encíclica en que el papa Francisco advierte con total claridad que existe un desafío urgente de proteger nuestra casa común. Este desafío incluye la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, un diálogo sobre el modo en que estamos construyendo el futuro del planeta y una nueva solidaridad universal (Santo Padre Francisco, 2015).

Dentro de esa nueva solidaridad universal, la preocupación por la pobreza es un tema clave. Si hay un elemento en el que sería deseable que hubiese diferencias entre nuestro mundo actual y el tiempo de san Juan Bautista de La Salle, éste sería la existencia de la pobreza. Aun cuando sus características y manifestaciones varían según el contexto y son muy disímiles a las de las pasadas centurias, la experiencia humana en el planeta sigue estando marcada por la inequidad, la injusticia social, la prevalencia de la precariedad y el subdesarrollo en muchas regiones del planeta. Según datos del Banco Mundial, la pobreza extrema en el mundo sigue siendo inaceptablemente alta: más de 890 millones de personas subsisten con menos de dos dólares al día.

Los elementos reseñados y otras características del mundo actual que, por su profundidad y complejidad, escapan a los límites de este escrito configuran tiempos de crisis para la humanidad. En palabras de Ignacio Ramonet:

La crisis global produce perdedores y ganadores. Los ganadores se encuentran, esencialmente, en Asia y en los países emergentes, que no tienen una visión tan pesimista de

la situación como la de los europeos. También hay muchos «ganadores» en el interior mismo de los países occidentales cuyas sociedades se hallan fracturadas por las desigualdades entre ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres. En realidad, no estamos soportando una crisis, sino un haz de crisis, una suma de crisis mezcladas tan íntimamente unas con otras que no conseguimos distinguir entre causas y efectos. Porque los efectos de unas son las causas de otras, y así hasta formar un verdadero sistema. O sea, enfrentamos una auténtica crisis sistémica del mundo occidental que afecta a la tecnología, la economía, el comercio, la política, la democracia, la identidad, la guerra, el clima, el medio ambiente, la cultura, los valores, la familia, la educación, la juventud, etc. (Ramonet, 2016)

El mismo sentido de crisis es recogido también por el Papa Francisco, quien señala que “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza”. (Santo Padre Francisco, 2015, n°139).

En ese contexto se enmarca, hoy, la misión lasaliana. La misión, definida como la educación humana y cristiana, abierta a todos, pero preferencialmente a los pobres, es compartida por mujeres y hombres que la viven como testimonio, servicio y comunión, para dar respuesta a las necesidades educativas de aquellos a quienes se les niega la dignidad y los derechos fundamentales y se ven privados de oportunidades de desarrollo. Con las complejidades de los tiempos que corren, siguiendo las reflexiones presentadas desde los estudios lasalianos, bien podría afirmarse que

nos atrevemos a elegir entre las dos posibilidades abiertas a nuestra panorámica: otra gran fase de nuestra historia o nuestra desaparición. Al elegir así nos apoyamos, evidentemente, en algo más que los signos de la Historia. Estos nos dicen que se ha cerrado un ciclo y nos presentan el desafío de la viabilidad de nuestra herencia ante circunstancias que no son las de la fundación (...) Es evidente que la configuración de la Comunidad de los Hermanos obedece y refleja determinadas coordenadas históricas. Se fue instituyendo en respuesta a las posibilidades y necesidades de su sociedad y de su tiempo. (Gil, 2013)

Frente a esta evolución de la misión en su contexto histórico, y frente a las dificultades que supone el mundo actual para el ejercicio de la educación, cabe entonces preguntarse por quiénes son los que participan, animan y viven la misión lasaliana hoy y cuál es su proyección en el futuro. Es necesario prestar atención a los distintos actores que configuran la misión que iniciara el señor de La Salle en un mundo que, tal como el nuestro, supuso importantes desafíos para el quehacer educativo.

3.3 Agentes involucrados en la misión: comunidades en permanente construcción

En un tiempo en que no se concebía la pedagogía como ciencia ni la educación como un derecho, La Salle abrió las puertas para que, sin distinción, todos pudieran educarse con los mejores maestros, quienes recibían instrucciones pedagógicas sólidas para el desarrollo del trabajo educativo. En la actualidad, las escuelas de La Salle, aceptan con gran apertura la diversidad de familias que, por opción, confían sus hijos en las manos de sus maestros. La institución se configura en un crisol donde se comparten ideologías, pensamientos, culturas, idiosincrasias, a partir de una Instituto que se hace presente en prácticamente todos los continentes y lugares donde existe la necesidad de educar y llevar la Palabra de Dios. Son 984 las escuelas que atienden a más de un millón de estudiantes a todo lo ancho del globo. La Misión Lasaliana se vive en cada realidad local, desde la propia cultura, responde con

fidelidad creativa a las necesidades particulares de cada contexto y dialoga con las urgentes exigencias de la escuela actual.

Hoy, los requerimientos y expectativas que tiene cada sociedad respecto de su sistema educativo y sus resultados son crecientes y tan complejos como los tiempos actuales. En cada región del planeta se presentan diferencias en los modos de educar y en la forma en que se organizan las instituciones educativas. En todas ellas la centralidad que tiene la relación que establecen los docentes y los estudiantes para alcanzar los objetivos de aprendizaje es una constante. Allí está el espacio medular de los procesos educativos. Otros actores tales como las familias, las autoridades y administraciones educacionales, los gremios y, en el caso de la educación religiosa, las congregaciones orbitarán en torno a ese *núcleo pedagógico* dependiendo de la configuración específica de cada territorio y cultura.

Para aproximarse a entender la misión desde su vivencia actual y su proyección en el futuro, se requiere prestar atención a sus destinatarios principales: niños, niñas y jóvenes. Ellos son quienes están en el núcleo pedagógico y son, de alguna manera, el motor y razón de ser de cualquier acto educativo. Sin embargo, cabe señalar que, si bien la Convención sobre los Derechos del Niño es una de las que a nivel mundial más Estados han ratificado y se han comprometido a impulsar y respetar, la realidad dista mucho de las declaraciones de bienestar y desarrollo que se espera para la niñez y juventud. Datos de la UNICEF señalan que:

A pesar de las leyes internacionales diseñadas para proteger los derechos de la infancia, las situaciones de emergencia y las crisis prolongadas afectaron la educación de alrededor de 75 millones de niños y jóvenes de 3 a 25 años. Muchos viven sin acceso adecuado a alimentos, vivienda, salud y educación. Muchos de ellos son víctimas de la trata de seres humanos y de la explotación sexual. Unos 150 millones de niños menores de 14 años están involucrados en el trabajo infantil, a menudo en condiciones peligrosas. La trata de niños está en aumento y 5,5 millones de niños y niñas realizan trabajos forzados, con miles más sujetos a los malos tratos, obligados a casarse y coaccionados para servir en milicias a pesar de la prohibición de tales prácticas bajo el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional (CPI). (Unicef, 2016, pg.66)

En relación a los jóvenes, datos de la Organización Mundial de la Salud señalan que aproximadamente uno de cada seis habitantes del mundo es un adolescente, lo que significa que 1200 millones de personas tienen entre 10 y 19 años. La mayoría de los jóvenes, indica la institución, goza de buena salud, pero la mortalidad y la morbilidad entre los adolescentes siguen siendo elevadas. Las enfermedades pueden afectar a la capacidad de los adolescentes para crecer y desarrollarse plenamente. El consumo de alcohol o tabaco, la falta de actividad física, las relaciones sexuales sin protección y/o la exposición a la violencia pueden poner en peligro no solo su salud actual, sino también la de años posteriores e incluso la salud de sus futuros hijos. (<http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs345/es/>)

Sin ánimo de presentar una visión catastrofista del estado de la infancia y la niñez en el mundo, es necesario analizar estos antecedentes para comprender la importancia que adquieren los procesos educativos hoy y la vigencia de la misión lasallista, que dedica su especial atención a quienes más lo necesitan. Desde la perspectiva de los datos referidos, efectivamente sigue requiriéndose dar respuesta a las necesidades educativas de aquellos a quienes se les niega la dignidad y los derechos fundamentales y se ven privados de oportunidades de desarrollo. Para cumplir ese propósito, otros actores fundamentales serán los educadores, quienes tienen que hacerse cargo de estas complejidades y las dificultades que representan.

A nivel mundial, los sistemas educativos enfrentan una serie de desafíos para contar con docentes que puedan implementar procesos educativos que respondan a las actuales necesidades. Si bien es cierto existen importantes diferencias a nivel continental, regional y nacional en torno a las características del profesorado, sí es posible afirmar que hoy, en lo global, se necesita mejorar la disponibilidad de docentes para atender a todos los estudiantes –lo que es especialmente relevante en zonas rurales y/o de mayor pobreza. Se requiere atraer a los mejores al ejercicio de la profesión docente, ampliando el nivel de profesionalización de las y los maestros, mejorando su formación inicial y continua y dando condiciones de trabajo que posibiliten que los docentes se mantengan en el ejercicio de la profesión, aun cuando enfrentan condiciones adversas (OREALC-UNESCO, 2014).

Los maestros en las instituciones educativas lasalianas no están ajenos a estas necesidades: deben contar con las mejores herramientas para trabajar en contextos muchas veces desfavorecidos aun cuando sus propios procesos de formación no hayan sido de la mejor calidad, de acuerdo a las características de los sistemas sociales y educativos a los que pertenecen. En África subsahariana la escasez de docentes es crónica, y tanto allí como en el Caribe e importantes regiones asiáticas, la formación de los profesores necesita ser institucionalizada y profesionalizada.

En el caso de la institución lasaliana, en la actualidad, los docentes Hermanos y Seglares son actores de alta relevancia para el cumplimiento de la misión. En los inicios de la obra, la totalidad de los educadores fueron los propios Hermanos al servicio del quehacer educativo. Actualmente, alrededor de tres mil ochocientos Hermanos se encuentran distribuidos en todas las regiones donde hay presencia lasallista, con un promedio de 65 años de edad. La concentración de Hermanos de mayor edad se presenta en Europa, mientras que en África la mayor cantidad de religiosos tiene menos de 50 años. Si bien es cierto hay regiones donde existe una permanente presencia de nuevas vocaciones, como es el caso de África, cabe señalar que, en los últimos cinco años, el Instituto ha perdido el 20% de su personal religioso. La relativa disminución de las vocaciones de Hermanos a lo largo del tiempo, así como la necesidad de Hermanos en distintos territorios, ha significado que ellos se distribuyan en otros lugares, distintos, incluso, de su país de origen. En ocasiones, una serie de elementos administrativos, legales, culturales e idiosincráticos, no siempre les permiten realizar una labor eficiente.

De acuerdo a esta demografía del Instituto, en las comunidades educativas lasalianas conviven –y seguirán conviviendo– Hermanos y Seglares. De los más de 93 mil educadores que contribuyen con el desarrollo de la misión, 52 mil son mujeres seglares y 38 mil son hombres seglares. Esta situación representa un cambio significativo en comparación con los primeros tiempos de la institución. El Instituto ha transitado de la exclusividad de los Hermanos en la docencia a las instituciones con un número mayoritario y creciente de laicos. En este escenario, la presencia femenina en la Misión lasaliana ocupa un lugar significativo. La participación de la mujer ha ido en aumento y hoy representa el mayor porcentaje de educadores en prácticamente todas las regiones y distritos lasalianos: las mujeres son el 56,35% del personal docente, a excepción de África, donde los varones predominan en una proporción de casi 3 a 1.

Las comunidades educativas, entonces, han tenido transformaciones significativas a lo largo de la historia de la institución, toda vez que han ido cambiando las características de los estudiantes que reciben, y también de los profesores que los atienden. Con ello, evidentemente se han modificado los vínculos y características de otros actores involucrados: la familia, los administradores y agentes de gobierno, instituciones locales, otras escuelas

lasallistas, otras congregaciones, etc. Para el carisma lasaliano el tema de la comunidad es central: es el lugar teológico donde se hace el discernimiento y se toman las decisiones. Analizar cada una de las transformaciones y vínculos de la comunidad educativa es motivo de una reflexión mayor. Por lo pronto, esta reflexión se enfocará en estudiantes, educadores y Hermanos como actores principales de la misión, agentes insustituibles en la vivencia del carisma educativo y la misión lasallana. A ellos se les confía el desafío que significa descubrir nuevas formas de vida comunitaria relevantes para la misión educativa mirando al futuro cercano.

3.4 Desafíos que enfrentan los actores principales involucrados en la misión lasallista

Cada Hermano, junto con su comunidad, tuvo, tiene y tendrá como desafío constante apasionarse por la tarea de educar, especialmente a los más necesitados. Al entregar o gestionar todo cuanto tiene a nivel emocional o material, los Hermanos propician el desarrollo de ciudadanos responsables con la sociedad que aprenden a “bien vivir” según las orientaciones del evangelio de Jesucristo. A través de diversas acciones pastorales, pedagógicas y administrativas, despliegan la capacidad para mantener la identidad y el carisma en las instituciones y con ello encantar a todos aquellos seguidores que se unen a esta tarea.

Son los Hermanos y también los Seglares comprometidos quienes tienen la responsabilidad de proyectar la obra del señor de La Salle, mediante el carisma y la asociación. Cabe señalar que, en general, los docentes que ingresan a las diversas obras, terminan comprometiéndose con las enseñanzas del Santo Fundador y adhieren sostenidamente a sus postulados. Colaboradores de las escuelas, asumen esos postulados como una forma de vida y, por tanto, carisma y misión son compartidos por lasalianos y lasalianas religiosos y seglares. Los seglares requerirán animación constante de los Hermanos para poder mantener vivo el interés y la motivación por la obra lasallista. Considerando que la misión se sostiene y sustenta por la capacidad de vivir “*juntos y por asociación*”, ésta será una ocupación constante de los Hermanos: en el principio de asociación y su forma de vida se juega gran parte de la identidad de la Institución.

Los Hermanos han estado llamados a transmitir a los colaboradores los ideales carismáticos que se expresan en la misión. El carisma educativo y el sentido de las enseñanzas y preceptos levantados por San Juan Bautista de La Salle han permeado a cada comunidad educativa, haciéndoles parte de un sentir colectivo que se vivencia por medio de la fe y la acción. Existe una creciente voluntad de los seglares por participar de los ideales carismáticos de los Institutos de Vida Religiosa. Esta voluntad, más que por razones de suplencia, nace de la aspiración de vivir la espiritualidad y la misión propia de los carismas. El carisma lasaliano es el eje articulador para que los seglares se transformen en verdaderos protagonistas de la misión educativa; es un don del Espíritu a la Iglesia para la educación humana, espiritual y cristiana.

Los Hermanos comparten la misión con los seglares que reconocen y viven el carisma lasaliano. Juntos, Hermanos y seglares, aseguran la vitalidad del carisma y suscitan o desarrollan estructuras de animación, de formación y de investigación para que cada uno pueda vivir su vocación y misión como lasaliano. Ya en el 44° Capítulo General se había reconocido que los Hermanos son “para” y “con” los seglares, corazón, memoria y garantía del carisma lasallano. Esto explicita el compromiso y la corresponsabilidad de los Hermanos y de los seglares con el carisma.

En ese ser “para” y “con” los seculares, en el mismo principio de asociación, se da finalmente un compromiso de convivencia, de ayuda, de colaboración, de cuidado y todo aquello que los lleve a vivir en fraternidad. Es preciso que cada agente que moviliza la misión perciba en el día a día ese compromiso de fraternidad y que este compromiso sea parte del quehacer educativo y rasgo fundamental de la escuela que enfrenta el desafío de educar en los tiempos que corren. Hoy por hoy, la educación católica en general, y la misión lasallista, en particular, tienen la responsabilidad de garantizar el derecho a una educación de calidad, a la par que potenciar los valores cristianos y la Palabra. Para cumplir estos objetivos, el vivir en fraternidad es la mejor oportunidad de hacer valer los derechos de todos quienes participan en una institución educativa desde la perspectiva del Evangelio.

En relación a eso, la propia escuela, como institución, está llamada a mirarse en perspectiva de futuro. Tiene el desafío de abordar nuevas dimensiones curriculares:

(...) impregnar su organización y formas de tratamiento de las materias tradicionales, como la educación para el desarrollo sostenible, la educación en derechos humanos y la convivencia entre diversas culturas (...). Si concebimos la escuela como un lugar que socializa a niños y jóvenes, que les prepara para vivir como adultos autónomos en una sociedad democrática, que facilita la construcción del conocimiento y que inicia en los procesos de pensamiento, tenemos que abrir la escuela hacia el exterior. Las relaciones entre escuela y sociedad tienen que ser estrechísimas y la escuela no puede permanecer ajena a ninguno de los problemas que se plantean dentro de la sociedad”. (Delval. 2016, p.102)

Para que la escuela se haga cargo de esos desafíos, el rol de los educadores es fundamental. Todos los educadores de la institución lasaliana, independientemente de si son Hermanos o Seglares, hombres o mujeres, requieren de una preparación actualizada, acorde a los requerimientos del mundo actual y las crisis que enfrenta. Esto resultará determinante no sólo para mantener la misión, sino también para mantener viva la identidad carismática que sustenta la adherencia al proyecto educativo y evangelizador de la Institución. Los docentes y directivos, adquieren un alto protagonismo y relevancia para propiciar la tarea de educar y llevar la Palabra de Dios: son actores fundamentales en cualquier proceso pedagógico, ya que es bien sabido que no hay sistemas educativos que puedan ofrecer oportunidades de aprendizaje de calidad diferente que las capacidades de sus profesores. Los maestros eficaces pueden transformar vidas. Los maestros mal capacitados e ineficaces, que trabajan en unos sistemas educativos deficientemente gobernados, suelen menoscabar las oportunidades y acentuar las desigualdades.

En definitiva, los educadores lasalianos tienen el gran desafío de educar para la justicia social, la evangelización y el desarrollo humano. Son los encargados de entregar educación de calidad a niños, niñas y jóvenes para que se formen como ciudadanos que comprendan y valoren la multidiversidad de nuestros tiempos y que participen responsable y críticamente de la construcción colectiva de conocimiento y del desarrollo sustentable de la sociedad. En función de ese fin, los desafíos que enfrenten los estudiantes en la escuela serán múltiples y diversos dependiendo de cada contexto; pero al considerar a las instituciones lasalianas, sus estudiantes vivirán también el desafío de comulgar con los valores y sentidos que movilizan la vivencia de la misión, participando del carisma, de la vida y de la identidad que animan la institución.

La forma en que la comunidad se involucre y participe de los procesos pedagógicos correspondientes representa también un desafío para las instituciones educativas. ¿Cómo hacer participar a la familia en la educación y en la formación espiritual de los hijos? ¿Cómo

dialogan los padres con los educadores lasalianos? ¿De qué manera esos vínculos tienen repercusiones positivas en el aprendizaje y en la experiencia de la fe? Cada pregunta tiene un sinnúmero de respuestas: la forma de llegar a ellas representará oportunidades para el aprendizaje y crecimiento de las instituciones lasallistas, en este proceso de reflexión y proyección de la misión hacia el siglo XXI.

3.5 A modo de conclusiones: cómo se proyectan la misión y sus agentes

En un contexto en el que el orden mundial en sí mismo supone desafíos desde distintas dimensiones de la vida social, el Instituto también enfrenta escenarios desafiantes. Si bien escasean y disminuyen las vocaciones de Hermanos y aumentan las obras, se están creando nuevas formas de dar vida a la misión. Por una parte, persiste el desafío de llegar a los más pobres, en fidelidad con los principios del fundador. Por otro lado, en cada obra lasallana, se dará, naturalmente, una profundización de la conversación entre religiosos y seculares para la implementación de la tarea educativa de la misión común, que nace del Espíritu Santo como un don entregado a la Iglesia en la persona de San Juan Bautista de La Salle.

La participación de los seculares en la misión educativa no es una cuestión de suplencia, sino de participación efectiva en el carisma. Más que una cuestión de gestión o de necesidad educativa, es una forma de vivir el compromiso bautismal en la Iglesia Pueblo de Dios. Hermanos y seculares participantes de las instituciones educativas, han de propiciar que las y los niños y jóvenes del mañana, entiendan el mundo desde una perspectiva crítica y espiritual, que sean capaces de pensar de forma autónoma y solidaria, involucrándose en la construcción de un presente y un futuro mejores. Para ello, un desafío emergente es la configuración de itinerarios formativos diversos y actualizados, que posibiliten el conocimiento y la apropiación efectiva del carisma a fin de que cada uno pueda vivir plenamente su participación en la Misión Lasaliana.

Garantizar estos elementos, permitirá que cada vez sean más las personas que adhieran al proyecto educativo de La Salle, desde el espacio interno y maravilloso del ser de cada uno. En un mundo que arde en divisiones y exclusiones, la misión del carisma lasallista es ser un lugar de *“inclusión fraternal”*. Un lugar donde niños, jóvenes, adultos, familias y educadores pueden libremente establecer relaciones de amistad, de fraternidad y de solidaridad que van más allá de los límites de las comunidades educativas. Un *“lugar para compartir”*, donde Hermanos y Seglares asumen, con toda la riqueza de la diversidad, la misión educativa lasaliana según el carisma que la Iglesia ha recibido en la persona de San Juan Bautista de La Salle. Un *“lugar para soñar”* con proyectos educativos innovadores y con gran potencial transformador para la sociedad, en sintonía con los valores del Reino de Dios.

Compartir el carisma abre nuevas perspectivas para la misión educativa lasallista y representa un gran desafío: más que una amenaza es una oportunidad para vivir con fidelidad creativa el espíritu de la asociación para el servicio educativo de los pobres. Mirando el futuro con esperanza, se puede afirmar que las fronteras de lo posible no están determinadas por los límites del hoy; y que, de manera imprevista, la vida prepara un acontecimiento creador, nuevo para los lasalianos.